

Ruinas y Ciudades

Alberto Borea (Lima, Perú, 1979) debuta en la galería con su primera individual en España, "Ruinas y ciudades", en la que por medio de una sutil dialéctica nos habla de la, a veces, difícil y hasta dramática relación entre culturas e historias, de la convivencia del pasado con el presente, de las ruinas-vestigios de aquél con los desechos de la tecnología actual. Con un planteamiento que puede ir de lo particular a lo general y viceversa, imbrica su propia historia, su autobiografía, con la de su barrio, su ciudad, su entorno cultural, sus raíces, componiendo un entramado argumental a base de piezas de diferente tipología.

La exposición se desarrolla como una instalación de concepto no muy distante del de "instalación total", sobre el que trabajó y teorizó Ilya Kavakov, en su búsqueda de la obra de arte total. Si pensamos en la intervención global de un espacio en torno a un programa de imágenes con un discurso coherente, concluiremos que es una práctica de la que desde tiempo atrás se sirvieron, fundamentalmente la realeza y la Iglesia, como medio de propaganda ideológica, si bien, el mensaje se presentaba cerrado, sin fisuras por las que el espectador se planteara dudas o cuestiones personales. En las instalaciones, como se entienden desde los años 60/70 del siglo pasado, la relación del espacio con los objetos y de éstos entre sí continúa siendo importante; sin embargo, entra en juego el espectador, como otro elemento del conjunto cuyo papel es, además crucial como perceptor y lector, otorgándole un sentido que cierra el círculo y la obra, que, hasta ese momento, permanece abierta a sugerencias e interpretaciones, con independencia del status del individuo, al que se invita a la reflexión sobre temas que de una u otra forma le conciernen y ante los que no cabe la pasividad.

Con la pieza de suelo que da nombre a la muestra Alberto Borea quiere ambientarnos en su barrio, el limeño distrito de Miraflores, en el que la pirámide, evocada aquí con teclados de ordenador, que formó parte de un complejo centro administrativo prehispánico, la Huaca Pucllana, ha sido y es testigo de la transformación física y humana del lugar, hoy con altos edificios, recreados con las torres de cintas de VHS. Por otra parte, a través de esta iconografía, reivindica unos orígenes culturales geográficos a los que no se siente ajeno, y, en su diálogo con las torres de vídeos, denuncia la pérdida de la oralidad, de la palabra escrita -el teclado es otra de sus herramientas de expresión como poeta- en aras del rápido consumo de lo visual, predominante en nuestros días.

Para esbozar una definición comprehensiva del montaje y su contenido es imprescindible el término mapa; no en vano el artista realiza con la pieza de suelo y el resto, entre las que hay otros tipos de mapas, un ejercicio de cartografía personal, autobiográfica, en sintonía con algunos trabajos del argentino Guillermo Kuitca. Así, "mapea" con las serigrafías sobre tela, compuestas a base de retazos de vistas aéreas de ciudades y zonas sobre las que ha dejado su huella vital. Obedeciendo al carácter de specific site de toda instalación, al que condicionan el espacio y su entorno, en la sala hay dos obras trabajadas con vistas de pájaro sobre Málaga, Los Angeles -desde donde llegó tras inaugurar otra individual-, Nueva York -a dónde irá a continuación- y Lima, su lugar de referencia.

Los ensamblajes, denominados "Autopistas", hechos con molduras desechadas de obras que no "cuajaron", de artistas conocidos; son mapas de la frustración de unos amigos. Las barreras "quitamiedos", que en esta ocasión se han montado tal cual, sin signos pintados, porque así se ven en nuestras autopistas, terminan la escenografía, junto con unos ventiladores invisibles que proporcionan movimiento y un monitor en el que se proyecta un video sonoro, que le presta el sonido ambiental. Las barreras nos indican, a modo de señal de tráfico, un espacio subsidiario con otros mapas, -"maneras de caerme" -vídeo y serigrafías sobre tela-, los de una topografía de sitios en los que el artista es de repente invadido por un sentimiento oceánico y una pulsión de desmayo, deseando fundirse con la materia inerte, olvidar su yo presente, una vez recuperado el primer yo que

abarcaba toda la realidad circundante, imbuido de la noción de pertenencia al universo y el deseo de eternidad.

Alberto Borea se expresa con un lenguaje que conjuga, según Eco, el sociolecto internacional de lo contemporáneo, con un idiolecto de lo personal y su entorno, práctica que revela la superación del colonialismo cultural al que han sido sometidas durante tiempo las periferias de occidente, nucleado por Europa occidental y Estados Unidos, y del aura de exotismo ligada a las civilizaciones vernáculas, en este caso, de ese puzzle que configuran los países de América Latina; de ahí la elección del mapa como símbolo de identidad, en cuanto que individuo, pueblo y cultura. Característica común, con la exigencia de un lugar propio y al mismo nivel, a casi todos los artistas de su generación y área, entre los que podríamos citar otros peruanos como Sandra Gamarra, Jose Carlos Martinat, Armando Andrade Tudela y los algo mayores, Milagros de la Torre y Fernando Bryce.

IH